



LA FRONTERA INTERIOR: LA DICOTOMÍA CAMPO Y CIUDAD EN LA NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

JULIO MÁRMOL ANDRÉS

<https://orcid.org/0009-0005-5713-4901>

juliomarmolandres@gmail.com

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Resumen: La frontera entre las poblaciones rurales y urbanas fue uno de los ejes narrativos en la novelística de Miguel Delibes. En el presente artículo, se analizan *Las ratas*, *El disputado voto del señor Cayo*, *El camino* y *Los santos inocentes* desde el prisma de la dicotomía entre campo y ciudad que imprimió el autor en su obra. La posibilidad de establecer un diálogo entre ambas comunidades y la forma en la que Delibes afronta la despoblación rural, al tiempo que reivindica una constelación cultural en franca regresión, pueden rastrearse en las cuatro novelas mencionadas, cuya lectura descarta que el autor, como se le achacó, abrazara el tópico de menosprecio de corte y alabanza a la aldea.

Palabras clave: Miguel Delibes, individualismo, mundo rural, menosprecio de corte.

Abstract: The boundary between rural and urban populations was one of the narrative axes in Miguel Delibes' novelistic. The current article analyses *Las ratas*, *El disputado voto del señor Cayo*, *El camino* and *Los santos inocentes* from the prism of countryside and city dichotomy that the author imprinted in his work. The possibility of establishing a dialogue between both communities and the way Delibes copes with rural depopulation while he points up a cultural constellation in clear regression, can be traced in the four mentioned novels. In conclusion, this article dismisses the accusation of Delibes embracing the contempt of court and village worship motif.

Keywords: Miguel Delibes, individualism, rural world, contempt of court.

1. Introducción

Torrente Ballester le achacó una vez a Delibes el que su narrativa tuviera como objeto permanente señalar que «el pecado estaba en la ciudad y la virtud en el campo» (Delibes, 1999a :206). El vallisoletano, sin embargo, se defendería diciendo que la pasión dominante en sus obras no era el rechazo de la vida urbana, sino cierto «movimiento de piedad» ante el abandono del campo, motivado, eso sí, por el desarrollo de las ciudades (Delibes, 1966: 8). Por ello, el novelista no se consideraba un romántico, sino un «antiprogreso» (Delibes, 1999a: 206). Su estupefacción ante el despoblamiento del mundo rural, que era fuente primordial de su literatura, se tradujo en una aguda crítica a lo que él llamó «fenómeno de mimesis» (Delibes, 1999a: 204). La migración hacia las ciudades había comenzado como un proceso económico plenamente orgánico, pero, con el tiempo, se había revestido de cierta pátina cultural. La metrópolis no se presentaba sólo como un lugar más cómodo y rentable en el que vivir, sino también como uno más atractivo a ojos de la juventud. Quizás el ejemplo que más alcance tuvo en el novelista fue el de Sedano. Cuando el escritor llega por primera vez al municipio, este contaba con «su notaría, su registro, su juzgado, su telégrafo, su fonda y su farmacia», es decir, era «un pueblo vivo, con demografía creciente, jóvenes en sus bailes y niños en sus escuelas» (Delibes, 1986: 23). Sin embargo, cuarenta años después, Sedano no reunía más de doscientos habitantes, entre los que apenas había quince «mozos, lo que se dice mozos» (Delibes, 1986: 24), tal y como manifiesta Darío Espinosa, un pajaritero que «día a día, año a año [...] ha ido asistiendo a la decadencia de este bello pueblo, a la agonía y muerte de las aldeas vecinas» (Delibes, 1986: 26).

Esta preocupación se traslada a la novelística de Delibes, siendo particularmente conspicua en las obras *Las ratas*, *El disputado voto del señor Cayo*, *El camino* y *Los santos inocentes*. En todos esos ejemplos, la cultura rural y urbana se ponen en contacto a través de sus diferentes embajadores narrativos, como Cayo y Víctor, respectivamente, en *El disputado voto del señor Cayo*. Semejante dicotomía no conduce al menosprecio de corte y alabanza a la aldea, sino a una defensa de los modos de vida de esta última. En este análisis, se examinarán dos tendencias muy marcadas en las novelas citadas, que hemos venido a llamar *ruralismo urbano* y *urbanismo rural*, a través de las cuales los personajes de los distintos títulos transponen la frontera interior que los separa de sus vecinos. De igual forma, se ha puesto el acento en la cuestión cultural, elemento diferenciador por antonomasia de las comunidades enfrentadas.

2. Éxodo rural y progreso: ruralismo urbano y urbanismo rural

En la década de los 70, España estrenaba la democracia tras cuarenta años sumida en la oscuridad de la dictadura. Mientras que en la ciudad los ánimos crecían al ritmo de la transición, en los campos, agarrotados por el estatismo de una política agraria que los había descuidado, la realidad era bien distinta. El despoblamiento se había acelerado debido a las excesivas diferencias entre la vida rural y la vida urbana, y no pocos pueblos eran ya ruinas deshabitadas. La conciliación de la España más modernizada con su hermana menos favorecida se hacía imposible en muchos puntos. Por ello, Víctor, el candidato a diputado de *El disputado voto del señor Cayo*, repite pertinazmente esta frase tras despedirse de Cayo: «Hemos ido a redimir al redentor» (Delibes, 2016: 162). O, con otras palabras, han pretendido involucrar en su mundo a un hombre que está por encima de la retórica de los políticos, al no haber encontrado nunca, en las palabras de los hombres de la ciudad, nada que lo ayudase a atender sus necesidades.

El señor Cayo destaca entre los personajes de Delibes por su arraigado amor al campo, lo que lo lleva a estar ligado a la aldea y a despreciar lo que otros consideran las grandes ventajas de la ciudad. Podemos observar este comportamiento en *Las ratas*, cuando una de las mujeres del pueblo trata de convencer al Nini, protagonista de la novela, para que vaya a la escuela y, así, pueda tener algún día un «auto grande» como el de Don Antero. El Nini, como toda respuesta, se encoge de hombros y le responde que no (Delibes, 1999b: 94).

En la esfera contraria, estarían los hijos de Cayo, que se marcharon del pueblo porque «se aburrían» y ahora «los dos tienen un coche» (Delibes, 2016: 108). De nuevo, el automóvil es la asunción de un progreso que, esta vez sí, somete a los personajes de Delibes. En *El disputado voto del señor Cayo*, Rafa, uno de los acompañantes de Víctor, justifica el cambio de hogar de los hijos de Cayo, mientras que su padre se muestra perplejo porque «necesidad no pasaban» (Delibes, 2016: 108). Lo que para Cayo era una vida satisfactoria, para Rafa era una especie de ardua supervivencia anegada por la monotonía y el trabajo físico. Es aquí donde se encuentran esas dos Españas cuya mutua comprensión augura tan difícil Delibes, exponiendo, por boca de Cayo, que «me parece a mí que no vamos a entendernos» (Delibes, 2016: 109). El pueblo de Cayo, igual que Sedano, también ha visto tiempos mejores, como puntualiza uno de sus últimos habitantes. Antes de la guerra, cuando «más de uno y más de dos se marcharon a la mili y ya no regresaron», en el pueblo de Cayo llegaron a juntarse «más

de cuarenta y siete vecinos, que se dice pronto» (Delibes, 2016: 109). Ahora, por el contrario, es el hogar de tres personas y muy pronto no lo será de nadie.

Delibes descartaba cualquier coqueteo con el darwinismo social como motor del éxodo rural al afirmar que «en la ciudad hay mucho tonto y en la aldea mucho avisado. Hay quien tiene vocación rural o vocación urbana» (García de León, 1996: 243). Partiendo de este axioma, se podrá clasificar a los individuos de uno y otro tipo en sus novelas. Además, el escritor da un paso más e introduce en su obra a personajes que, pese a haber nacido en la ciudad, tienen inclinación por el campo, y viceversa. En el primer grupo, destaca Víctor (*El disputado voto del señor Cayo*), pero también el ingeniero de *Las ratas*. Ambos personajes mantienen una fuerte vinculación con el campo y todos ellos nos recuerdan al autor, quien, pese a nacer en Valladolid, guarda una querencia especial hacia el mundo rural. Esta inclinación podría bautizarse como *ruralismo urbano*.

Tanto Víctor como el ingeniero de *Las ratas* no son hombres de campo, y disfrutan de cierta reputación respecto a otros personajes. Así, una de las mujeres de *Las ratas* anima al Nini con la escolarización, ya que podría llegar a ser tan listo como «el ingeniero de los extremeños» (Delibes, 1999b: 95). No obstante, entre Víctor, el ingeniero y los aldeanos media una frontera insalvable. Víctor se siente cómodo ante la presencia de Cayo, y disfruta hablando con él y escuchando sus consejos, pero sabe que su lugar está en la ciudad. De igual manera, don Domingo, el ingeniero, bebía con los extremeños (contratados para replantar el monte) «como un igual» y los animaba a que siguieran trabajando hasta que hubieran conseguido que España, de nuevo, fuera «un inmenso bosque» (Delibes, 1999b: 87). Luego, don Domingo se marchaba y dejaba a los hombres en el monte porque, al fin y al cabo, no era más que «un hombre campechano, aunque con esa palidez que contagian las páginas de los libros a quien ha estudiado mucho» (Delibes, 1999b: 87).

Frente a estos personajes, aparecen otros que tienen la ciudad como el sumun de las virtudes. Por contraposición al anterior concepto de *ruralismo urbano*, se podría hablar aquí de un *urbanismo rural* especialmente peligroso para la salud de los pequeños pueblos, pues son los miembros del segundo grupo los que terminarán emigrando a las ciudades. Los hijos de Cayo, Quirce y Nieves (cuyo destino, en *Los santos inocentes*, parece estar lejos de la finca del Señorito Iván); Ramón, el hijo del boticario, secundario de *El camino*; y las mujeres que, en *Las ratas*; persiguen al Nini son personajes que sienten una tremenda desafección hacia el campo y hacia todo lo rural en general. A diferencia de los hijos de Cayo, que no figuran en

la novela, Quirce y Nieves están presentes en la trama de *Los santos inocentes*. Junto con su tío Azarías, estos son los únicos que se muestran reacios a humillarse ante los señoritos. Cuando el señorito Iván, inquieto por el despegado comportamiento del Quirce cuando salen a cazar, le pregunta si es que acaso se aburre, el chico le responde: «Mire, ni me aburro ni me dejo de aburrir» (Delibes, 1983: 145). Esto, sumado al hecho de que el Quirce no acepta una propina por parte del señorito Iván, lleva al cazador a prescindir de los servicios del chico. El aburrimiento del Quirce (o, quizá, la apatía) recuerda al aburrimiento de los hijos de Cayo, que los llevó a emigrar, pero también a la abulia del Nini (*Las ratas*) cuando las mujeres del pueblo pretenden, sin éxito, que el niño se interese por la escuela.

Ramón, el hijo del boticario, ejerce en *El camino* como imagen del aldeano urbanizado tras unos años estudiando en la ciudad. Daniel, protagonista de la novela, evoca la noche antes del abandonar el pueblo a este aborrecible personaje que, durante las vacaciones, «venía empingorotado como un pavo real y los miraba a todos por encima del hombro» (Delibes, 1987: 7). En *El camino*, el protagonista confiesa que «si esto era progreso, él decididamente no quería progresar» (Delibes, 1987: 9). Para Daniel, los hijos del progreso eran débiles, torpes y patéticos como Ramón, el hijo del boticario, mientras que «los hombres de verdad», como Paco, el herrero, se gestaban en los pueblos. El Indiano y su hija, la Mica, de quien Daniel está enamorado, son figuras menos indigestas que Ramón, el hijo del boticario, pero igualmente simbolizan ese *urbanismo rural* que estaba vaciando los pueblos. El Indiano se había marchado del lugar siendo un niño y había vuelto a él casado con una mujer estadounidense, un automóvil (santo y seña del progreso) y una fortuna considerable. A diferencia de Ramón, el hijo del Boticario, que despreciaba a sus conciudadanos, el Indiano «no renegó[...] de su pueblo» (Delibes, 1987: 87) y, de cuando en cuando, pasaba una temporada allí.

La riqueza del Indiano convirtió el que había sido su pueblo en un lugar de asueto. Daniel, aunque admiraba el coche y, sobre todo, a la hija del Indiano, seguía decantándose por un futuro menos ambicioso: Él «se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huerto de la trasera de su casa» (Delibes, 1987: 9). Sin embargo, sus padres, que eran queseros, no querían para su hijo una madurez como la suya, con lo que finalmente Daniel tiene que tragarse su vocación rural y dejar atrás el pueblo. Como se dice al final de *El camino*, Daniel era consciente «de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado» (Delibes, 1987: 224). En medio de la turba que

abandonaba los pueblos, había muchos jóvenes que deseaban permanecer en su hogar y continuar con la vida que sus padres y abuelos habían llevado, pero eran obligados a engrosar aquel éxodo rural que, aún hoy, sigue desolando el campo español. En sus *Conversaciones con Miguel Delibes*, César Alonso de los Ríos consiguió esta declaración del escritor, tan lúcida como exculpatoria ante aquellos críticos y lectores que veían en el vallisoletano a un reaccionario, cuyo propósito era involucionar al país:

Hay personas con vocación de ruralismo y no hay por qué oponerse a ello. Otra cosa es que, dada la situación actual, no sean aconsejables estos medios. Hay gente que se ve forzada a emigrar cuando les gusta la vida del pueblo. ¿Qué se les ofrece a cambio? Lo que habría que conseguir, por lo que hay que luchar, es para que las condiciones de vida en el campo no sean miserables, sino humanas, que para disfrutar de un desarrollo cultural y un bienestar material no sea preciso marchar del campo (Alonso de los Ríos, 1993: 147).

En los pueblos de Delibes abundan los personajes que, pese a su devoción por la ciudad, no emigran, bien porque no pueden permitírselo, bien porque saben que su situación de privilegio en el pueblo no los acompañaría en el traslado. La Columba, la mujer del Justito, el Alcalde, de *Las ratas*, se encuentra en el primer grupo. Ella, que pese a haber pasado la mayor parte de su vida en el pueblo, sigue echando en falta el bullicio de la ciudad en la que se ha criado, apenas socializa con sus vecinos. Sin embargo, ni La Columba ni su marido pueden buscar otra casa, pues al Alcalde aún le quedan problemas que solucionar hasta que se le agote el cargo. Entre estos, sobresale la cueva del tío Ratero y el Nini, a los que han intentado convencer por todos los medios para que se muden. La Columba, por su parte, atosiga a su marido, diciéndole que «mejor muerta de hambre en Bilbao que de hartura en este desierto» (Delibes, 1999b: 117). Por supuesto, la Columba detesta al Nini y, a diferencia de la mayor parte de sus vecinos, no le pide ayuda sino «en circunstancias extremas» (Delibes, 1999b : 117). Hacerlo sería rendirse a una cultura rural que La Columba execra. El Nini, entre tanto, tampoco congenia con la Columba porque no entiende las razones que la llevan a odiar lo que a él le hace tan feliz. Otra vez, vuelve a aparecer en la narrativa de Delibes ese eterno enfrentamiento entre la España rural y la España urbana, más grotesco que agresivo.

En *Las ratas*, el autor se permite, incluso, una pequeña burla del régimen franquista, lo suficientemente sutil como para eludir la censura. Cuando el Señor Gobernador toma la palabra ante un pueblo que creía haber encontrado petróleo, pero que no había sido más que el objeto de la venganza del Nini, dice lo siguiente:

No hay petróleo aquí. Pero no os desaniméis por ello. Tenéis el petróleo en los cascos de vuestras huebras y en las rejas de vuestros arados. Seguir trabajando y con vuestro esfuerzo

Julio Mármol Andrés (2024), «La frontera interior: la dicotomía campo y ciudad en la novelística de Miguel Delibes», *Cuadernos de Aleph*, 17, pp. 97-116.

aumentaréis vuestro nivel de vida y cooperaréis a la grandeza de España. ¡Arriba el campo! (Delibes, 1999b: 125).

Esta arenga, que no fue celebrada con aplauso alguno, es la construcción literaria (pero bastante literal) del cínico discurso con el que el franquismo espoleaba al sector primario español, culminado con ese "¡Arriba el campo!" que era, como señala de los Mozos, «consigna y santo y seña de la época» (1993: 95) . Aunque los primeros años de vida del régimen encerraron a España en la autarquía, esta no se tradujo en una mejora significativa en la producción agraria. El sector primario era el pulmón económico principal del país, pero entre los políticos parecía existir cierta condescendencia hacia el campo, cuya rentabilidad y fertilidad se creía eterna e insaciable. Todo esto era el amargo fruto de un desconocimiento de la vida rural por parte de la élite política que los años no han enmendado. Ese "¡Arriba el campo!" era un grito huero, sin la menor intención de promocionar la que se había convertido en fuente indispensable de todos los españoles, quizá porque era esta una fuente tosca, primitiva, al igual que los hombres que la explotaban, y convenía ocultarla de la vista de ese turismo que comenzaba a arremolinarse en las playas y ciudades de España. Cuando la señora Clo, en *Las ratas*, increpa al alcalde por querer desahuciar al tío Ratero y al Nini de su cueva, el amonestado se excusa con que: «en realidad, es por los turistas [...] luego vienen los turistas y salen con que vivimos en cuevas los españoles» (Delibes, 1999b: 118). La señora Clo le responde: «los turistas, los turistas... ¡déjeles que digan misa! ¿no van ellos por ahí enseñando las pantorras y nadie les dice nada?» (Delibes, 1999b:119). Este razonamiento tiene su eco en las palabras que Delibes pronunció al ingresar en la RAE:

Yo recuerdo que allá por los años 50, un ridículo concepto de la moral llevó a este país a la proscripción de las playas mixtas y la imposición del albornoz en los baños públicos para preservar a los españoles del pecado. Se trataba de una moral pazguata y atormentada, de acuerdo, pero, era la moral que oficialmente prevalecía. Fue suficiente, empero, el descubrimiento de que el desnudismo aportaba divisas para que se diera paso franco a la promiscuidad soleada y al «bikini». El dinero triunfaba también sobre la moral. (Delibes, 1975: 21)

Al tío Ratero y al Nini había que desalojarlos, pero no se les ofrecían alternativas que realmente satisficieran sus necesidades. El alcalde insiste en facilitarles una casa, aunque el tío Ratero se la rechaza una y otra vez. Para la sociedad que abandera e alcalde y Fito Solórzano, el Gobernador, la existencia de cuevas que aún servían como viviendas era un problema que había que erradicar. Para ellos, el tío Ratero y el Nini eran los únicos culpables de que hubiera todavía una España que, aunque minoritaria, llevara a cabo costumbres tan

poco higiénicas como la cacería de ratas o la residencia en cuevas. De esta forma, las autoridades, en *Las ratas*, obraban una ceguera total hacia los factores socioeconómicos que habían conducido a ambos personajes a ese tipo de vida. A su vez, el tío Ratero simboliza esa España brutal y troglodita capaz de asesinar para defender su sustento. Por último, el Nini es, como indica Vilanova, «el espíritu de Castilla, rico y esperanzado, en dramático contraste con su miseria material» (1993: 36).

Frente al progreso homogenizador, la vida rural representa la subsistencia de unos valores tradicionales que repercuten en una comunidad visiblemente diferenciada de la que puede hallarse en cualquier ciudad. Esto explicaría la devoción de Delibes por la aldea, una localización muy propicia para la narrativa: «Tal vez mi inclinación a novelar medios rurales derive entonces de la propia comodidad: los hombres en el campo se ofrecen tal como son y uno ha de trabajar menos para fijarlos en el papel» (de los Ríos, 1993: 45). Así, Delibes creía, como le reconoció a García de León, que «el hombre urbano se uniformiza por fricción [y] que la vida y sus pasiones al desnudo están en el campo» (1996: 241). Debido a que incluir en este capítulo esa serie (ínabarcable ya de por sí) de costumbres y características que destacan al hombre rural de su pariente de ciudad en la obra del vallisoletano, parece más adecuado destinarle, por entero, el apartado siguiente a este punto. Para terminar con la idea de progreso en la narrativa de Delibes, bastan sus propias palabras para que no quede duda de su postura en este asunto: «Yo no rechazo el progreso en cuanto tal, sino una orientación del progreso que considero torpe e irracional por el doble motivo de que deshumaniza al hombre y destruye la naturaleza» (Delibes, 1999a: 205).

3. Una cuestión de cultura

Como tímida respuesta al éxodo rural, algunos pueblos recibieron la visita de comunas hippies, quienes traían consigo la esperanza de una repoblación que, apenas unos años después, se daba de bruces contra la realidad. De entre estos jóvenes, Miguel Delibes entabló relación con Miguel, a quien entrevistó en *Castilla habla*. Miguel, tras confesarse un neófito de la vida campestre, señala que lo que más le ha llamado la atención del pueblo en el que está asentado es su cultura: «Aperos, faenas, costumbres, palabras [...] se mire como se mire, esto es una herencia que hay que conservar» (Delibes, 1986: 58). Sin embargo, esta cultura ancestral ha sido sancionada como un conjunto de pseudoconocimientos y tradiciones superadas por parte de la «ciudad hacinada» (Delibes: 1986: 56), despreciando al

mismo tiempo a aquellos para los cuales esta era la única cultura posible. Desde el fondo de los tiempos, el ser humano se ha preocupado por distinguir entre conocimiento especulativo o teórico y conocimiento práctico. Si hubiera que ubicar socialmente uno y otro, se diría que el primero se localiza en la ciudad y el segundo, en el campo. Esta distinción, que a priori pudiera parecer inocua, se ha terminado transformando en una forma de legitimación del conocimiento especulativo, a la vez que el práctico se convertía en poco más que un saber intuitivo, más propio de los animales que de los hombres.

En *El disputado voto del señor Cayo*, Laly, ante la locuaz borrachera de Víctor, le aconseja a este que se olvide del señor Cayo porque no se trata más que de «un ser prehistórico» (Delibes, 2016: 164). El candidato le pregunta, entonces, con qué superioridad moral podía ella desmerecer la cultura del aldeano. Laly le responde que «la cultura del señor Cayo es de la época del Diluvio» y Víctor pronuncia la frase que, quizás, mejor recoge el espíritu de la novela: «¿De veras te parece más importante recitar a Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?» (Delibes, 2016: 164). Este episodio resume a la perfección el menosprecio que, durante siglos, ha sufrido la cultura rural por parte de la impartida en las instituciones de enseñanza, como esa universidad de la que, se presume, acaba de salir Laly. Víctor ocupa en *El disputado voto del señor Cayo* la figura del hombre sensible y que simpatiza con los aldeanos, a pesar de que su vida y la de estos difiere en un sinnúmero de puntos. A través de él, el lector se acerca a un mundo que, desde la ciudad, suele contemplarse con una condescendencia fundamentada, básicamente, en que los hombres como Cayo han esclerotizado su desarrollo intelectual.

Para Delibes, es apreciable «el desdén de la clase burguesa – y aun intelectual- ante el quehacer campesino y la cultura de la tierra» (Delibes, 1999a: 63). Esto provoca que tanto el aldeano como el hombre de ciudad se encierren en sus respectivas culturas, lo que genera una confrontación inevitable y absurda entre ambas con el objeto de dirimir cuál es la dominante. Sin embargo, Miguel Delibes señala que no existe en el campesino un desprecio explícito hacia el hombre de ciudad y su cultura, sino más bien «una especie de resentimiento» (Delibes, 1999a: 63) acompañado de cierta admiración (de la cual, por ejemplo, son garantes evidentes varios de los personajes femeninos de *Las ratas*). El campesino reconoce que el acceso al conocimiento especulativo (en especial, el saber leer y escribir) lo liberaría de tener que depender de terceras personas, como los “señoritos” de *Los santos inocentes*.

En *Los santos inocentes*, la Señora Marquesa, con el propósito de sanear el analfabetismo del servicio, convoca a dos maestros en el cortijo para que enseñen a leer a «los pastores, los porqueros, a los apaleadores, a los muleros, a los gañanes y a los guardas» (Delibes, 1983: 36). Entre ellos, se encuentra Paco el Bajo. Este, a pesar de la petulancia de los maestros, consigue aprender las letras y, más tarde, explicárselas a su hija, la Nieves. Así, la escolarización de Paco el Bajo se produce de forma semejante a la de Daniel El Mochuelo: por imposición y únicamente para limar las asperezas de una sociedad medieval en la que seguían prolongándose los errores principales. Por eso, y aunque Paco el Bajo (y su mujer, La Régula) «aspiraba a que los muchachos se ilustrasen» (Delibes, 1983: 11), no intenta beneficiarse personalmente de lo aprendido, ya fuera porque considera que era demasiado tarde para él o porque confía en que lo práctico de sus conocimientos pueda serle suficiente.

3.1. La cultura rural en la novelística de Delibes

Delibes, en *Castilla, lo castellano y los castellanos*, extrae de sus novelas diversas claves para entender al hombre rural, entre las que destacan la religiosidad, el individualismo, el fatalismo, la sumisión, las tradiciones, los ritos y, cómo no, la caza. Con respecto a la primera, Delibes la define como «expectativa de prodigio, [motivada] las más de las veces por hechos perfectamente naturales y de una simplicidad elemental» (Delibes, 1999a: 40). Sus libros están poblados de episodios atravesados por esta religiosidad, en los que un representante de la iglesia es el encargado de apaciguar los ánimos de un pueblo que, equivocadamente, creía contar ya con el favor de la divinidad. En *El camino*, Daniel el Mochuelo caza un tordo para el velatorio de Germán el Tiñoso, que se había roto el cráneo contra unas piedras del río al intentar coger una culebra. Daniel, que sabía del amor del Tiñoso por los pájaros, colocó al animal junto al cadáver de su amigo. Cuando el hermano de Germán reparó en el tordo y preguntó quién lo había colocado allí, el Nini, amostazado, calla y contribuye, con su silencio, a estimular la hipótesis del milagro. El Tiñoso, dirán los que asisten al velatorio, «quería mucho a los pájaros; y los pájaros han venido a morir con él» (Delibes, 1987: 207). Para sofocar el ambiente, llega el cura, quien, tras reparar «un instante en la carita asustada del Mochuelo», desliza, prudentemente, que era «muy posible [...] que alguien, por broma o con buena intención, [hubiera] depositado el tordo en el ataúd y no [se atreviera] a declararlo ahora por temor» (Delibes, 1987: 208). La perspicacia del sacerdote queda patente cuando,

al salir del velatorio, le susurra al Mochuelo: «buena la has hecho, hijo; buena la has hecho» (Delibes, 1987: 209).

Los ingresos del campesino dependen directamente del tiempo y, ante la inconstancia de este, poco puede hacer el aldeano. El hombre rural, entonces, se limita a esperar a que llueva o a que deje de hacerlo, sabiendo que su parte está ya cumplida y que, si el año viene malo, no podría evitar que toda su cosecha se perdiera. Esto precipita la creencia en fuerzas superiores, a las que se atribuyen fenómenos tan ocasionales como que el viento, al igual que ocurre en el capítulo XV de *Las ratas*, salve la cosecha de trigo. Para el escritor vallisoletano, esta inclinación a la milagrería nace de la toma de «conciencia [del campesino] de su insignificancia en un paisaje infinito» (Delibes, 1999a: 39), sumada a la obligada monotonía de los pueblos pequeños. También habría que apuntar que la religión, para los personajes de Delibes, es algo en lo que participan por inercia, caminando a tientas en la oscuridad del desconocimiento y siendo guiados en silencio por los sacerdotes. En este extracto de *El camino*, el escritor dice lo siguiente:

Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarles. Y también lo ignoró el padre del maestro y el padre de Quino, el Manco, y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil? (Delibes, 1987: 38)

Frente sus diversas sensibilidades religiosas, Delibes advierte un incómodo punto de encuentro entre el campesino español y su vecino urbano: el egoísmo. No faltan evidencias que sustenten su sospecha: ya en el siglo XIX, el historiador Modesto Lafuente se preguntaba esto:

¿Qué hubiera sido, pues, de Roma y de los romanos, si los jamás confederados españoles hubieran unido sus fuerzas, aisladamente formidables, en torno del guerrero o de la ciudad, de Viriato o de Numancia? (Lafuente, 1887: 22).

Se refería a lo que José Álvarez Junco denomina como el «famoso individualismo español» (4 de enero de 2015) al que se le deben tantas derrotas y conflictos. También Ángel Ganivet, miembro de la generación del 98, habló de ese individualismo «enérgico [y] sentimental, que en nuestros místicos encuentra su más pura forma de expresión» (Ganivet, 1897: 160). Sin embargo, será el novecentista Américo Castro quien describa el rasgo más tristemente certero: un «cainismo crónico» (Castro, 1973: 29) que, para Ortega y Gasset, parece afectar a España desde la Edad Media (1987: 36). Este odio a los mejores (que el

filósofo bautiza como *aristofobia*) habría imposibilitado que el desarrollo del país ibérico se equipase al de las otras naciones europeas contra las que competía. Delibes, para quien las pasiones primordiales se conservan en el hombre del campo, no podía dejar de abordar el individualismo español. Muestra de ello es este párrafo de *El camino*:

La gente del valle era obstinadamente individualista. Don Ramón, el alcalde, no mentía cuando afirmaba que cada individuo del pueblo prefería morir antes que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vivía aislada y solo se preocupaba por sí misma. Y, a decir verdad, el individualismo feroz del valle solo se quebraba las tardes de los domingos al caer el sol. Entonces los jóvenes se emparejaban y escapaban a los prados o a los bosques y los viejos se metían en las tascas a fumar y a beber. Esto era lo malo. Que la gente sólo perdiese su individualismo para satisfacer sus instintos más bajos (Delibes, 1987: 164)

Si bien, como se dice en *El camino*, «el egoísmo era flor o espina, o vicio o virtud de toda raza» (Delibes, 1987: 34), el vallisoletano reivindica con especial ímpetu el individualismo del campesino frente al carácter comunitario del hombre de la ciudad. Esta resistencia aflora como una defensa de sus principios culturales, ya que los aldeanos «se niegan a cortar las raíces. A la sociedad gregaria que les incita, ellos oponen un terco individualismo» (Delibes, 1975: 55). Delibes también explica la «propensión al aislamiento» del hombre rural (Delibes, 1999a: 99) a través de factores sociales de tipo histórico. En la mitad norte de España, los campos están tradicionalmente configurados en minifundios, pequeñas fincas agrícolas cuyo reducido tamaño impide una explotación rentable del terreno. Molledo, el pueblo donde se desarrolla *El camino*, es un ejemplo clásico de localidad minifundista en la que «cada uno mira por lo propio y olvida que hay cosas que son de todos y que hay que cuidar» (Delibes, 1987: 34). La dinámica diaria de los vecinos de Daniel, el Mochuelo, que tienen como único objetivo proteger sus propios intereses, termina derivando en una inercia involuntaria en la que toda empresa común carece de sentido.

No olvida Delibes la pobreza a la hora de generar este individualismo rural: «el tener poco», dice el escritor «acrece el amor, pero a veces se torna codicia, sobre ese poco, que, en definitiva, es lo único nuestro» (Delibes, 1999a: 99). Los entornos sórdidos y míseros en los que se mueven algunos de sus personajes son, así, el estadio más acentuado de ese individualismo arrollador, como es el caso de la cueva del tío Ratero o el pueblo abandonado del señor Cayo. El tío Ratero, que defiende cerrilmente su precaria vivienda, llega también a asesinar a Luis, un muchacho de Torrecillóriga, ante la amenaza que este constituía para los roedores, cuya caza monopolizaba el tío Ratero. Es esta, seguramente, la visión más tremendista del egoísmo en la narrativa de Delibes, pues culmina con un crimen brutal,

alentado por Malvino, un tabernero manipulador y pendenciero que malmete al tío Ratero diciéndole: «las ratas son tuyas, Ratero, métetelo en la cabeza. [Luis] quiere quitarte el pan; no dejes que ese gandul te pise el terreno» (Delibes, 1999b: 99). En cambio, el personaje que mejor explicita el individualismo rural es el señor Cayo. De este, Sara Fernández dice lo siguiente:

[El señor Cayo] se erige como ejemplo de algunos de los pueblos abandonados, siendo uno de los últimos supervivientes, y el de los campesinos que todavía luchan por garantizar su supervivencia, que se han agrupado y como el Señor Cayo han permanecido, generando una nueva actitud frente al individualismo de la metrópoli (Fernández, 2008: 222).

La autosuficiencia del señor Cayo, que no llega a rayar en la hurañía (como sí pasará con el tío Ratero), provoca la exclamación de Víctor de «hemos ido a redimir al redentor» (Delibes, 2016: 162). Para Cayo, el gregarismo de la urbe, teñido también de un egoísmo que no lo hace incoherente, precipita un individualismo de la metrópoli. Nada de esto tiene lugar en el pueblo (sobre todo, en uno en el que solo viven tres personas) y, por tanto, a Cayo le resulta muy difícil llegar a comprender la posición de Víctor. Sheryl Lynn Postman (2004: 226), quizá con excesiva suspicacia, ve en el nombre de Cayo una alegoría a Caín, motivada en la enemistad acérrima que une al protagonista de la obra con su vecino. El señor Cayo llega a avisar a los políticos de esta manera: «si hablan con ese no hablan conmigo. De modo que elijan» (Delibes, 2016: 85), lo que podría, en parte, apoyar la hipótesis de que el señor Cayo es la encarnación del cainismo crónico del que habló Américo Castro (1973: 29). Sin embargo, otras ideas del libro llevan a pensar en una lectura más humanista, como el comportamiento del señor Cayo con los fascistas, que advierten al aldeano de que Víctor y sus compañeros «vienen a quitarle sus tierras», a lo que Cayo responde que «tierra aquí hay para todos» (Delibes, 2016: 149). También se revela el enraizado individualismo de Cayo en su desconocimiento de las cooperativas cuando Víctor se las propone como solución a las estrecheces que estimularon el éxodo rural. El señor Cayo malinterpreta el término, contestando que «de eso ya hubo, no crea», pasando a narrarle cómo un grupo de vecinos juntaron, infructuosamente, sus rebaños. El candidato lo corrige, aclarándole que él se refería a los frutales. «En pocos años, el campo ha experimentado una verdadera revolución en Lérida ¿y sabe usted con qué? Con los frutales enanos». El señor Cayo, sin embargo, no se deja impresionar y pregunta si hiela en mayo en «ese pueblo» (Delibes, 2016: 104). Aquí chocan ambas culturas, una consolidada en el conocimiento especulativo (la del candidato, que no tiene instrucción empírica del campo) y otra en el práctico (la del aldeano, quien a

pesar de no saber qué es una cooperativa, sabe por qué razón una de ese tipo no funcionaría en su pueblo).

El Nini, en *Las ratas*, es la máxima representación de ese saber ancestral y legendario que tan buena reputación le granjeaba entre sus vecinos. Los demás campesinos recurrían al niño en busca de consejos sobre el tiempo, la reproducción de los animales o la matanza del cerdo. Sin embargo, el Nini no puede ayudar a Rosalino, el encargado de don Antero, el Poderoso, cuando este le pide que le eche una mano con el carburador de su coche. Ante la indolencia del Nini, el Rosalino le replica si es que no entiende de carburadores, a lo que el niño contesta: «de eso no sé, señor Rosalino. Eso es inventado» (Delibes, 1999b: 93). Algo similar le ocurre al señor Cayo, quien, a pesar de conocer las propiedades de la flor del saúco, ignora todo lo concerniente a las elecciones, en las que confiesa que «votará que sí», lo que enfurece a Rafa: «Que eso era antes, joder, señor Cayo. Esos eran los inventos de Franco, ahora es diferente, que no sabe usted de qué va la fiesta» (Delibes, 2016: 143). El señor Cayo, que admite que a él Franco lo «cogía un poco a trasmano» (Delibes, 2016: 142), goza de una percepción muy diferente a ojos de Víctor, quien según García Velasco facilita «el encuentro entre los dos mundos novelescos del autor» (1992: 249). Para el candidato a diputado, el señor Cayo es el garante indiscutible de una cultura en peligro de extinción, vilipendiada sin motivo por hombres como él, que : «[ven] una cosa aleteando en el cielo y [saben] que es un pájaro. [Ven] una cosa verde agarrada a la tierra y [saben] que es un árbol» pero desconocen sus nombres (Delibes, 2016: 157).

La única excusa que Delibes encuentra para que los aldeanos renuncien a su individualismo es el advenimiento de una «calamidad pública» (Delibes, 1999a: 101) como la guerra civil en *El disputado voto del señor Cayo* o la helada negra en *Las ratas*. Con el estallido de la guerra, todos los habitantes del pueblo del señor Cayo, cuando aún era este «el pueblo más jaranero» de la montaña (Delibes, 2016: 110), se refugiaron en una cueva, mientras algunos aldeanos vigilaban por si se acercaban las tropas (republicanas o fascistas). En *Las ratas*, los hombres del pueblo se cobijan en la taberna de Malvino, rezando porque no caiga la helada negra, tan temida entre los campesinos, ya que arruinaría sus cosechas. Es en estos momentos en los que el individualismo se diluye, tomando la forma de un «gregarismo impersonal» (Delibes, 1999a: 101).

Respecto a *Los santos inocentes*, sería conveniente señalar que, al desarrollarse el libro en Extremadura, el minifundio desaparece y con él una de las motivaciones de la insolidaridad

campesina. Sin embargo, esta no deja de mostrarse entre los miembros de la familia de Paco el Bajo, quienes, acosados por la pobreza, se encastillan en la protección de sus pocos bienes. En el caso de los señoritos, sería más conveniente hablar de un egoísmo perverso y feroz, que los lleva a conformar un mundo cuyo centro está ocupado por ellos y en el que para prosperar se sirven, a su antojo, de la existencia de terceros. De esta forma, el señorito Iván incita a Paco el Bajo a que lo acompañe a cazar, ya que las dotes del padre de familia en el rastreo de las piezas no tenían igual, y a pesar de que el médico le había recomendado reposo. El desenlace es fatídico: el secretario de Iván se rompe la pierna sólo por el capricho del señorito, a quien le había dicho el doctor, sobre la más que probable invalidez de Paco el Bajo en caso de una recaída: «Tú haces lo que te dé la gana, tú eres el amo de la burra» (Delibes, 1983:132).

3.2 El reloj parado

La existencia de individuos, en el seno de la comunidad rural, que cuentan con una mayor reputación provoca que el resto de la población se vea obligada a depender directamente de ellos. Habría que recordar esa mezcolanza de resentimiento y admiración que el hombre de campo siente, en palabras de Delibes, por el de ciudad para explicar la sumisión que el primero destina al segundo. El campesino, iletrado, se siente vulnerable ante la sociedad del papel, por lo que cree conveniente «granjearse el valimiento de aquel que, de alguna manera, domina este inextricable mundo, más tenebroso aun para él que el de los elementos atmosféricos» (Delibes, 1999a: 49). Las novelas de Delibes están atestadas de personajes que brillan, a veces maliciosamente, destacándose entre sus convecinos. Es el caso de Ramón, el Boticario, y de su hijo, en *El camino* o de Justito, el Alcalde, y Fito Solórzano, el Gobernador, en *Las ratas*. Sin embargo, la novela que mejor aborda el sometimiento del hombre rural es *Los santos inocentes*. En ningún caso estaríamos hablando ya de un cacique al uso, sino de una persona que ha conseguido prosperar a medida que se acercaba al mundo de la burocracia y de la ilustración, oculto para el grueso de los pueblerinos. Mientras que Fito Solórzano es ya un hombre de ciudad a todos los efectos (y ni siquiera llega a decirse si fue, alguna vez, un hombre de campo), su subalterno, Justito el Alcalde, se mantiene en la frontera imaginaria que marcarían lo rural y lo urbano. Ramón, el hijo del Boticario, pero también su padre, el Indiano y su hija son referentes en su comunidad, precisamente porque han conseguido prosperar en el sentido que tanto desagradaba a Delibes.

En cambio, la familia de Paco el Bajo es la expresión más humillante de la sumisión, mientras que los señoritos (y, en especial, el señorito Iván) son la materialización de lo estomagante que llegó a ser el feudalismo trasnochado que tuvo lugar, en pleno siglo XX, en los cortijos y haciendas de toda España. Régula, la mujer de Paco y su sempiterno: «ae, a mandar [...] para eso estamos» (Delibes, 1983: 46) ponen de manifiesto cómo de virulenta era la verticalidad de las relaciones entre el señorito y el trabajador, y hasta qué punto este último había asimilado su inferioridad. Dice Ángel Ganivet, por boca del quijotesco Pío Cid, que «el campesino puede vivir eternamente en la venturosa infancia» porque su religión es la de la tierra, «madre de todos» (Ganivet, 1988: 492). Sin embargo, esta niñez se apenumbra con la presencia de tutores como los señoritos de *Los santos inocentes*.

En *El disputado voto del señor Cayo*, Laly, feminista, queda absorta ante la esposa del señor Cayo, una mujer muda cuyo silencio no molesta a su marido pues, según este indica, «para lo que hay que hablar con una mujer...». Una vez que el señor Cayo deja la habitación, y con este comentario aún flotando en el aire, Rafa pregunta socarronamente: «Laly, amor, ¿por qué no le hablas a la muda de la emancipación de la mujer?» (Delibes, 2016: 134). La liberación (tanto la general como la feminista) no había traspasado todavía la coraza de los pueblos porque «el campesino[...] había parado deliberadamente el reloj» (Delibes, 1999a: 79). Esto perpetuaba un sistema que terminaría viniéndose abajo más por la decrepitud de sus mecanismos que por la voluntad de los que estaban siendo oprimidos. Para Paco el Bajo o la Régula no hay injusticia en el denigrante trato que reciben porque ellos han naturalizado esta retórica. El señorito Iván, cuando se encara con René, un francés asiduo a las batidas, le recrimina el menosprecio que, desde Europa, se tiene hacia España y, en especial, hacia el campo. A continuación, pasa a demostrarle que en su cortijo todos los empleados, sin distinción de su sexo, saben escribir porque «aquí no hacemos distinguos, René, aquí no discriminación entre varones y hembras» (Delibes, 1983:107). Para probar su argumento, Iván obliga a Paco el Bajo, al Ceferino y a la Régula a garrapatear su nombre. El señorito Iván, además, señala que la Régula hasta no hace mucho firmaba con el pulgar, que le enseña al francés. Este, al apreciar el deteriorado dedo de la mujer, se muestra intimidado. El señorito recula y trata de justificarse: «Los pulgares de las empleiteras son así, René, gajes del oficio, los dedos se deforman de trenzar esparto ¿comprendes? Es inevitable» (Delibes, 1983: 108). Para el Ivancito, el problema crucial de sus empleados es su obstinación en que «se les trate como a personas» (Delibes, 1983: 54). Laly o Víctor, en *El disputado voto del señor Cayo*,

Julio Mármol Andrés (2024), «La frontera interior: la dicotomía campo y ciudad en la novelística de Miguel Delibes», *Cuadernos de Aleph*, 17, pp. 97-116.

encarnan el esfuerzo inútil y superficial de una ilustración que trata de abrirse paso en un terreno abonado para rechazarla.

En *El disputado voto del señor Cayo*, la brecha cultural entre la comunidad rural y la comunidad urbana se deja sentir también en su dimensión léxica, para evidente malestar de Laly y Rafa y admiración de Víctor. Cuando el señor Cayo recibe a los políticos, se encuentra inmerso en la trabajosa tarea de *enjambrrar* a las abejas. Víctor, que es el que más interés muestra, se sorprende por la labor del señor Cayo y le pregunta qué eran aquellos troncos dentro de los cuales bordoneaban las abejas: «¿Esto? [...] Los dujos son, a ver» (Delibes, 2016: 92). A medida que los insectos iban entrando en la colmena, el señor Cayo le pide el *humeón*, para tranquilizarlas, a Víctor. Este se queda impertérrito: «¿El fuelle ese?», a lo que el señor Cayo le responde: «El fuelle, sí señor» (Delibes, 2016: 94). Más adelante, cuando el señor Cayo está faenando en el campo, indica que tenía que *mangar* su azada, lo que desata cierta incompreensión cómica entre los políticos:

- Mangar, ¿es poner mango?
- Natural.
- En la ciudad, mangar es robar. (Delibes, 2016: 102)

El último aspecto destacable en la cultura rural es, naturalmente, la caza. Cualquier ensayo o texto sobre Delibes aborda este lance, del que era gran defensor. Precisamente por esto, Delibes moldea al señorito Iván como némesis de lo que un cazador debe representar. Este, que nació con una escopeta bajo el brazo, tenía una magnífica técnica, pero su ética no sólo ensombrecía su destreza, sino que lo incapacitaba para ser cazador. En un día de caza, y tras unas horas en el monte muy poco productivas, el señorito Iván no pudo resistirse ante la milana (que, en realidad, era una graja) del Azarías, y este impulso le costará la vida.

Entre el hombre de ciudad y el de campo, en el arte de la caza existe también una desigualdad que afecta a la pericia de uno y otro a la hora de desenvolverse en el monte. Paco el Bajo, por ejemplo, había nacido con el extraño don de rastrear las piezas con la maestría de un sabueso, por lo que se convierte en una pieza clave (con un valor, eso sí, semejante al que tendría un rifle bien calibrado o un perro con vientos) para los señoritos. Cuando el Ivancito lo fuerza a acompañarlo a la batida en la que se desgraciara la pierna, toda la Casa Grande se muestra eufórica de recibirlo: «Paco el Bajo parecía polarizar el interés de la batida y cada uno por su lado “¡hombre, Paco!”, “¿cómo fue para caerte, coño? Claro que peor hubiera sido romperte las narices”» (Delibes, 1983: 139). De igual manera, y aunque tampoco

él necesitaba de su escopeta para vivir, el señorito Iván destaca entre los demás cazadores por su puntería, fruto de los cientos de batidas a las que llevaba asistiendo desde que el nombre de Ivancito no sonaba ridículo, pues no designaba a un hombre sino a un niño. La cercanía del hombre rural (incluyendo aquí, forzosamente, al señorito Iván) con el propio campo provoca que transforme en un hábito actividades que, para el hombre de ciudad, no son más que distracciones como la caza. En definitiva, Paco el Bajo no poseía habilidades sobrenaturales para localizar una perdiz caída por medio de su olfato. Era algo que llevaba haciendo toda la vida.

Como vecina Delibes, habrá de llegar el día en que la única diferencia entre el campesino y el hombre de ciudad sea su calzado: «El hombre de campo calzará botas, zapatos el de ciudad» (García de León, 1996: 243). Para entonces, las tradiciones de los pueblos se habrán perdido y, acaso, quedará de ellas una nota amarillenta en algún pesado volumen sobre folclore. El trágico destino al que parece condenada la cultura popular terminará por extinguirla y, entonces, ¿qué ocurrirá cuando «en todo este podrido mundo no quede un solo tío que sepa para qué sirve la flor del saúco?» (Delibes, 216:165).

4. Consecuencias

La dicotomía campo y ciudad, tal y como la habían abordado otros escritores antes que Delibes, implicaba una polarización y una simpleza de la que el vallisoletano no quería participar. A pesar de esto, su obra ha sido malinterpretada numerosas veces, pues para algunos críticos seguía haciéndose eco del obsoleto tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea. Él, sin embargo, se defendía y corregía a sus detractores al decir que sus libros se limitaban en enfatizar el «rechazo de un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea» (Delibes, 1999a:207).

De la misma manera, se lo ha tachado de reaccionario por preponderar la cultura campesina sobre la urbana cuando, en realidad, su intención era únicamente la de preservar la primera. Debido a su híbrida naturaleza de hombre de campo y de ciudad, Miguel Delibes acerca en sus novelas el mundo rural y el urbano sin propiciar una maniquea colisión. En su lugar, la novelística de Delibes recoge las inevitables asperezas, producto de la fricción entre dos entornos tan diferenciados. Esto provoca que el entendimiento entre el hombre de campo y el hombre de ciudad nunca resulte completamente satisfactorio, pero no

imposibilita en absoluto la comprensión entre ambos, como ejemplifican Víctor y el señor Cayo.

Si bien Delibes se oponía a que los aldeanos con inclinación rural tuvieran que abandonar el campo, no estaba en contra de que aquellos que decidían marcharse a la ciudad pudieran hacerlo. Por eso, el escritor ha negado que el señor Cayo sea su álgter ego:

Alguien ha afirmado que yo encarno en el señor Cayo mi ideal de vida. Esto es inexacto. El señor Cayo carece de formación intelectual [...]Yo proclamo la necesidad de una educación total, que permita al hombre (al campesino y al urbano) utilizar simultáneamente las manos y la cabeza (Delibes *apud* Vilanova, 1993: 37-38)

Lo que en ningún momento pretendió el escritor es anclar en el campo, contra su voluntad, a una juventud que quería cambiar de aires. Así lo deja entrever el novelista cuando la milana, la grajilla del Azarías, se escapa volando del hombro de su dueño. La Régula, ante el disgusto de su hermano, lo consuela así: «ae, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?» (Delibes, 1983:84).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO DE LOS RÍOS, César (1993), *Conversaciones con Miguel Delibes*, ed. Granados, Barcelona, Destino.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, « El famoso individualismo español», *El País* (Madrid) 4 de enero de 2015.
- CASTRO, Américo (1973), *Sobre el nombre y el quién de los españoles*, Ed. Lapesa, Madrid, Taurus.
- DE LOS MOZOS, Santiago (1993), «Consideraciones lingüísticas sobre Miguel Delibes», en José Jiménez Lozano (ed.), *El autor y su obra: Miguel Delibes*, Madrid, Editorial Actas.
- DELIBES, Miguel (1966), *Obras completas: tomo II*, ed. Granados, Barcelona, Destino.
- DELIBES, Miguel (1975), *El sentido del progreso desde mi obra*, ed. Miñón, Valladolid, Real Academia Española.
- DELIBES, Miguel (1983), *Los santos inocentes*, R.B.A. Proyectos Editoriales, S.A., Barcelona, Seix Barral.
- DELIBES, Miguel (1986), *Castilla habla*, Delibes, Barcelona, Destino.
- DELIBES, Miguel (1987), *El camino*, ed. Granados, Barcelona, Destino.
- DELIBES, Miguel (1999a), *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Planeta, Madrid, Espasa.
- DELIBES, Miguel (1999b), *Las ratas*, ed. Granados, Barcelona, Destino.
- DELIBES, Miguel (2016), *El disputado voto del señor Cayo*, Herederos de Miguel Delibes, Barcelona, Austral Básicos.

- FERNÁNDEZ, Sara (2008), *La novela castellana rural de Miguel Delibes: historia de un éxodo*, Texas Tech University, Lubbock.
- GANIVET, Ángel (1897), *Idearium español*, Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel, Granada, Biblioteca Virtual de Andalucía.
- GANIVET, Ángel (1988), *La conquista del reino de Maya; Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, ed. Berenguer, Barcelona, Editorial Planeta.
- GARCÍA DE LEÓN, María Antonia (1996), «Miguel Delibes, un escritor de campo», en Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, Servicio de Extensión Agraria. Publicaciones (ed.), *El campo y la ciudad: sociedad rural y cambio social*, Madrid.
- GARCÍA VELASCO, Antonio (1992), *El disputado voto del señor Cayo: técnica narrativa, lenguaje y contemporaneidad*, Miguel Delibes: *El escritor, la obra y el lector*, ed. Baena, Barcelona, Anthropos.
- LAFUENTE, Modesto (1887), *Historia general de España: desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII (Vol. 1)*, eds. Montaner y Simón, Barcelona, Junta de Castilla y León.
- LYNN POSTMAN, Sheryl (2004), «El dominio de la urbe de Caína en la contemporaneidad de El disputado voto del señor Cayo de Miguel Delibes», *Castilla n°28-29*, pp.219-240.
- ORTEGA Y GASSET, José (1987), *La España invertebrada*, Madrid, Espasa Calpe.
- VILANOVA, Antonio (1993) «Inocencia natural y conciencia moral en la obra de Miguel Delibes», en José Jiménez Lozano (ed.), *El autor y su obra: Miguel Delibes*, Madrid, Editorial Actas.